

sobre temas diversos están dominados, no por una institución o credo religioso, sino por un conjunto de voces que siendo diversas hablan todas un lenguaje religioso. Por lo demás, los tres procesos principales de la secularización (diferenciación social, socialización y racionalización) no resultan inequívocos ni están exentos de ambigüedad en sus efectos sobre las tradiciones religiosas: pueden disminuir o también aumentar el influjo social de la religión. En relación con los medios de comunicación, no puede atribuírseles un efecto necesariamente secularizador; la religión como discurso puede convertirse en un importante medio de comunicación pública, como ha ocurrido en algunos países islámicos.

Pese a la evidente diversidad que presenta la relación religión-sociedad civil en cada sociedad, el A. concluye señalando una sorprendente capacidad de adaptación de la religión a los cambios sociales, adaptación que discurre según tres formas principales: 1. Por funcionalización dentro de los sistemas de la modernidad, especialmente en salud y bienestar social, y en el sector privado de voluntariado (desde Gran Bretaña a Egipto). 2. Los signos y el discurso religiosos se han convertido en influyentes medios de comunicación (TV india, moda egipcia, prensa polaca, etc). Este poder simbólico y discursivo se puede usar para bien o para mal, pero no hay duda de que en muchas partes del mundo la religión tiene resonancia cultural, que puede movilizar y ser movilizada por nuevos medios. 3. La religión puede convertirse en poderoso agente social por su función de crítica respecto a las fuerzas sociales dominantes (el comunismo en Polonia, el estado militar en Egipto o Turquía, como también en regímenes menos opresivos vigentes en América y en Europa).

Por otra parte, esa fuerza crítica puede ser comprendida dentro de diversos cuadros teóricos: como agente moral o de racionalización práctica (Habermas, Casanova); en las grietas que dejan los sistemas modernos (Wilson); reorientando los problemas residuales de los sistemas mundiales (Beyer) o como testigos de tradiciones teleológicas de investigación en el mundo fragmentado del discurso moral moderno (MacIntyre).

Con cierto detenimiento se ocupa también de los derechos humanos, no como derivados de principios abstractos, sino nacidos «de abajo a arriba como una combinación de necesidades biológicas, propiedades de sistemas culturales y de la historia de su emergencia, como vía de protección del individuo frente al poder creciente del Estado» (p. 152). El A. toma en algunos momentos un concepto de naturaleza humana demasiado cercano a la biología, que no deja mucho espacio a la razón práctica o a la ley natural entendida como ley racional.

La ejecución de un proyecto tan ambicioso como el que aparece reflejado en el título, obliga casi necesariamente a ciertas omisiones o ausencias. Sin embargo, el libro ofrece un panorama suficiente, elaborado con rigor y competencia, del papel de la religión en la sociedad, que viene completado y enriquecido por el análisis de los cuatro procesos históricos indicados.

Rodrigo Muñoz

Paolo MIRABELLA, *Agire nello Spirito. Sull'esperienza morale della vita spirituale*, Cittadella Editrice («Questioni di etica teologica»), Assisi 2003, 232 pp., 15 x 21, ISBN 88-308-0757-5.

Este libro de Paolo Mirabella, profesor de Teología moral de la Facultad

de Teología de Italia septentrional, forma parte de la colección «Questioni di etica teologica», con la que se quieren afrontar las problemáticas morales fundamentales de nuestro tiempo, con rigor científico pero con lenguaje accesible a un público no especializado. En este caso, el A. lanza su propuesta para entender la unidad de lo moral y lo espiritual en la vida cristiana, tanto a nivel epistemológico como existencial.

En la primera parte, el A. explica una concepción unitaria de la teología, acorde con la diversidad de las disciplinas teológicas. Inicia con una reconstrucción histórica de los principales modelos de relación entre fe, espiritualidad y moral, que se han dado a lo largo de la experiencia y de la reflexión cristiana. De la unidad de la teología de los padres y de la unidad sistemática lograda en la Alta Edad Media, se llega a la separación provocada por el nominalismo, manifestada después en la casuística. Esta ruptura de la moral con la vida espiritual y con la dogmática, provoca su empobrecimiento y pérdida de vitalidad. Será la renovación de la teología realizada a lo largo del siglo XX y potenciada por el Concilio, la que ponga de nuevo en juego la exigencia de recuperar la unidad perdida. Aunque se han dado algunos pasos y tentativas de solución (se describen algunos, aunque quizá no los más importantes: Tullo Goffi, Marciano Vidal, Sabatino Maiorano, Sergio Bastianel y Dennis J. Billy), la respuesta no es suficiente.

Si es necesario recuperar la unidad de la teología, en concreto la unidad de la teología moral con la espiritual y con la dogmática, ¿cómo hacerlo? La respuesta está en repensar la relación del hombre con la verdad en general y con la verdad moral en particular según una antropología más adecuada. Aquí se ve

la profundidad de la problemática moral-espiritual. No basta con una respuesta superficial, sino que se exige una visión antropológica unitaria que dé razón de la implicación integral de la persona en el conocer la verdad. El saber no es campo exclusivo de la razón sino que pertenece a la persona, no es una actividad exclusivamente abstracta sino vital. Además, desde el punto de vista teológico, la fe no es algo que simplemente se sobrepone a lo humano, sino que lo asume y eleva desde su inicio. Se ve así necesaria una nueva comprensión de la teología como saber desde la fe y en la fe (*De fide*), a partir de la noción de *esperienza*. Sobre una nueva concepción de esta categoría, para lo que sigue en gran medida la enseñanza de G. Moiola, nos ofrece su explicación de la unidad y diversidad de las disciplinas teológicas.

Detrás de esta preocupación metodológica, reside una problemática más compleja y relevante. La unidad de la teología moral y espiritual junto con la dogmática, deriva de la unidad del hombre que busca a Dios. La integración de las distintas disciplinas teológicas, especialmente de la moral y de la espiritual, está también al servicio de la vida moral y espiritual del cristiano concreto. Ésta es la aportación que pretende la segunda parte del libro: una vida moral espiritual. Los problemas morales que se presentan en la vida ordinaria se comprenden y se resuelven gracias a una vida espiritual activa. La vida espiritual cristiana conlleva una conducta moral adecuada. No es posible su separación sin el riesgo de que desaparezca la auténtica vida de Cristo en el cristiano.

La nueva propuesta del A. a partir de la noción de *esperienza* aplicada a la fe para la comprensión unitaria de la Teo-

logía, ofrece soluciones fecundas a la experiencia cristiana en sí, es decir, más allá del saber teológico. En concreto ayuda a comprender que la vida espiritual cristiana es a la vez vida moral. Por ello, como expone en un segundo momento, la ley moral —lejos de limitar la libertad— ofrece un soporte necesario para el desarrollo de la vida espiritual. Desde otra perspectiva, la vida espiritual actúa sobre la vida moral por cuanto la oración cristiana supone el lugar privilegiado de la formación moral del cristiano.

De esta manera, el A. reencuentra, tanto en el plano epistemológico como en la práctica cristiana, la unidad originaria entre lo espiritual y lo moral de la experiencia cristiana. La vida moral es un momento interno de la experiencia espiritual. Pero no sólo como algo integrado en la vida espiritual, sino como realidad constitutiva de la misma.

Pablo Marti

José MORALES, *Fidelidad*, Ediciones Rialp, Madrid 2004, 243 pp., 13 x 20, ISBN 84-321-3479-1.

En Occidente, no pocos piensan que son «libres» por carecer de todo tipo de vínculos y controles. Lo que ocurre en realidad es que la autoridad, más que haber desaparecido, se ha hecho invisible. En lugar de la autoridad manifiesta, lo que reina en el mundo de hoy es la autoridad «anónima», más eficaz aún que la antigua autoridad. Se disfraza de «sentido común», de «ciencia», «opinión pública» o de «bienestar», y no pide otra cosa que hacer lo que todos hacen. No usa la presión, sino tan sólo una blanda persuasión. A esta categoría corresponde el considerar la infidelidad y la deslealtad como algo normal e inevitable.

El autor del presente libro —conocido profesor de Teología Dogmática— muestra con innumerables ejemplos concretos cómo la literatura, el arte y los *mass media* crean una atmósfera de sutil sugestión que envuelve toda la vida social. Pero J. Morales no se queda en señalar a los «enemigos de la fidelidad» (pp. 141-173). Ofrece una reflexión serena y constructiva destacando que «los excesos negativos han dado fuerza a energías contrarias, y en medio de apostasías, huidas y derrumbamientos se han originado también en lo hondo y en la superficie de la Iglesia, y de las sociedades donde viven y trabajan cristianos, grandes testimonios de fidelidad a Dios y a los hombres (p. 13)». Parece hoy más necesario que nunca «mantener un estilo de vida individual contra corriente (p. 15)» y decidirse claramente a formar y seguir la propia conciencia, para poder confesar algún día como J.H. Newman: «Nunca he pecado contra la luz (p. 49)».

Existe una fidelidad a sí mismo que es, en general, poco entendida por el hombre moderno; baste pensar en ciertos presupuestos agnósticos, y en las muchas ambigüedades y mistificaciones que envuelven el debate filosófico-religioso sobre la autenticidad. Pero la fidelidad a sí mismo —la disposición profunda de llegar a ser aquél a quien Dios ha querido desde siempre— constituye uno de los aspectos existenciales más importantes de la vida moral de todo ser humano. «Cuando me amo, estoy amando la voluntad de Dios para mí, y entiendo que la gloria de Dios radica en que el hombre y la mujer sean fieles a sí mismos (p. 103)».

La verdadera fidelidad a sí mismo se plasma en la fidelidad a Dios y a los demás hombres. El autor presenta una espiritualidad del compromiso que se ba-